

MISA CRISMAL

Catedral de La Habana, 3 de abril de 1998

Junto con toda la Iglesia Universal, la Iglesia que vive en Cuba se dispone a tomar con Jesucristo el camino invariable que lo lleva a Jerusalén y allí al Cenáculo, al Huerto, y a la Cruz, para desde un sepulcro abierto y vacío emprender por medio de su Iglesia, por sus apóstoles y mártires, el nuevo camino en el que sus seguidores proclamarán una buena noticia a todos los pueblos: Hay redención para el hombre, el mal ha sido vencido, no existe espacio para el desaliento, Jesucristo, en su Cruz, clavó nuestros pecados. Muerto en un madero resucitó glorioso y, vencedor de la muerte, todo el que crea en él tendrá vida en abundancia y será salvado. Esto es lo que ha obrado Dios por nosotros, al entregarnos a su Hijo y constituirlo Señor.

La Pascua de este año de gracia de 1998, llega para nuestra Iglesia más radiante y cargada de esperanza que en cualquier otra ocasión. Un acontecimiento sin paralelo histórico marca el andar de la Iglesia en Cuba: la visita pastoral del Papa Juan Pablo II, que nos repitió con fuerza la Buena Noticia de la Salvación, nos confirmó en la verdad y nos despertó a la esperanza. Su paso entre nosotros ha impregnado de luz el quehacer apostólico de nuestra Iglesia y le confiere un talante nuevo a su acción pastoral. Con el profeta Isaías, el Siervo de los Siervos de Dios ha dicho a los católicos y al pueblo cubano: «No piensen en lo antiguo, miren que realizo algo nuevo».

Comentando el texto evangélico que ha sido proclamado en esta Misa Crismal y que es el mismo que fue leído en la celebración Eucarística del 25 de enero en La Habana, en el cual Jesús se apropia la profecía de Isaías sobre el siervo de Dios, el Santo Padre sintió, en esa celebración de la Plaza de la Revolución, que las palabras proféticas se aplicaban providencialmente a su persona y a su ministerio entre nosotros: «El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado para anunciar la Buena nueva a los pobres, a los cautivos la liberación». Y, apoyado en la palabra revelada, el Sucesor de Pedro nos habló de pobreza y servicio, de libertad y compromiso con la justicia, del papel de la Iglesia en esta hora de la historia de Cuba y del respeto de los estados modernos para la misión propia e independiente de la Iglesia de Cristo, como de cualquier otra religión.

Algo nuevo realizaban las palabras del Papa en el corazón de la multitud que estaba en amplia sintonía con el Pastor en la Plaza o en sus casas frente a los televisores. No fue una reacción epidérmica o pasajera, no fue un entusiasmo contagioso y momentáneo el de nuestro pueblo. Todos teníamos conciencia de que, efectivamente, el Dios que es Providencia amorosa, estaba disponiendo las cosas para que nada volviera a ser igual después de aquella fuerte e inolvidable experiencia de fe.

Era el Espíritu Santo quien actuaba, con esa iniciativa de Dios que es desconcertante, cuando cubre a María con su sombra y la Virgen queda encinta y da a luz un hijo que es Dios-con-nosotros, o cuando estremece la casa donde los discípulos, nostálgicos por la ausencia del Maestro, oran con temor, manteniendo las puertas cerradas.

En todos los casos, por la acción del Espíritu, Jesucristo entra en la historia de los hombres y de los pueblos y la Iglesia abre sus puertas y sale a las plazas a proclamar la Salvación.

«El Espíritu sopla donde quiere y quiere soplar en Cuba.» Esa fue la gran intuición de fe que tuvo el Papa Juan Pablo II y que proclamó con repetida convicción al final de la gran celebración eucarística de La Habana.

En este año del trienio preparatorio al año 2000 de la era cristiana, que el Santo Padre ha querido consagrar al Espíritu Santo, el mismo Pastor Supremo de la Iglesia declara que el Espíritu de Dios quiere soplar en Cuba.

Nosotros sabemos que en la tradición más antigua de la Iglesia, al Espíritu Santo se le atribuye siempre la misión de establecer y renovar todas las cosas. El Espíritu siempre actúa para fecundar aun lo estéril, y aparece al inicio de todo cuanto existe. Planeaba sobre las aguas al comienzo de la creación para que de ellas surgiera la vida. Actuó visiblemente en los albores de la Iglesia con lenguas como de fuego que se posaron sobre las cabezas de los apóstoles y estos vencieron el temor y el encierro. Ese es el Espíritu que actúa ahora en nosotros y, a través de nosotros, debe mover los corazones de nuestros hermanos.

Queridos sacerdotes: la Misa Crismal nos pide cada año que manifestemos nuestra adhesión a Cristo, Eterno y Único Sacerdote, renovando nuestros compromisos sacerdotales de obediencia al Obispo, de olvido de nosotros mismos para servir con sencillez a todos, especialmente a los más pobres, y de castidad para que, siendo nuestro corazón todo de Cristo, estemos más disponibles para cuanto toca al Reino de los cielos.

Fue el Espíritu Santo quien comenzó en ustedes la obra buena del sacerdocio. Es el Espíritu de Dios quien la lleva siempre a término, infundiéndonos su luz y su fuerza para que la continua renovación que exige nuestra vida de consagrados a Dios pueda realizarse, venciendo en nosotros los obstáculos del pecado y de nuestros propios límites.

No olviden que el compromiso con el Señor que hoy repiten ante su obispo es más que todo una promesa de docilidad a la acción del Espíritu Santo, que es quien obrará en nosotros, según el poder de Dios, todo cuanto la Iglesia y el pueblo a nosotros encomendado reclaman de cada uno de sus ministros ordenados en esta hora particular de la historia y en el sitio donde Dios ha querido que sembremos con lágrimas o que cosechemos entre cantares.

La Iglesia, pueblo de Dios, y también el pueblo cubano, esperan de nosotros, obispos y sacerdotes, que mantengamos la tónica pastoral que ganó a Juan Pablo II ante nuestro pueblo el título de gran evangelizador, de pastor cercano y lleno de afecto, de hombre de Dios.

El programa que el Papa nos ha delineado nos propone que el Evangelio no es solo anuncio, sino también catequesis para que el compromiso cristiano se haga adulto y serio y todos los creyentes en Cristo comprendan que su bautismo los implica en la vida y la misión de la Iglesia con una clara postura ética. El Evangelio es también servicio al hermano para favorecer su promoción humana y cristiana. El Evangelio debe impregnar la cultura, la acción social y el mundo de la política.

La Iglesia en Cuba debe desplegar su plan pastoral hasta el comienzo del tercer milenio con nuevos bríos y dejarse llevar por la acción del Espíritu Santo que quiere soplar en Cuba. En este año consagrado al Espíritu, ustedes, queridos sacerdotes, deben volver con la mente y el corazón a la imposición de manos del obispo que los

ordenó, pues con el Sacramento del orden recibieron la efusión del Espíritu Santo para presidir al pueblo de Dios, santificarlo y enseñarle el camino verdadero.

Y con ustedes toda la Iglesia debe reflexionar y reaccionar con decisión a las mociones del Espíritu Santo, pues no es solo patrimonio de los sacerdotes recibir las inspiraciones del Espíritu. Grande debe ser la docilidad a la acción del Espíritu Santo en el pueblo de Dios, que es la Iglesia, para vencer los obstáculos que le opone la mentalidad materialista que existe en muchos cristianos necesitados de auténtica conversión, algunos recién llegados a la Iglesia, otros de más larga permanencia, pero igualmente afectados por un modo de pensar que excluye en la práctica los valores cristianos y aun humanos.

Una ética de situación e incluso la ausencia de toda referencia ética inficcionan los criterios de juicio no solo de los jóvenes, sino también de muchos adultos. De ahí que sean numerosos los que responden al primer anuncio que se les hace del mensaje salvador y participan con entusiasmo en la vida de la Iglesia, pero limitan progresivamente su compromiso y su acción en la medida en que descubren las exigencias del Evangelio y no se deciden a asumirlas. Puede surgir entonces en los pastores la tentación de disminuir o aliviar los reclamos del Evangelio y de la ética que él propone. Esto es también un modo sutil de infidelidad a Cristo, que no tiene nada que ver con la misericordia, siempre indispensable.

El Papa Juan Pablo II nos dice por eso que la Nueva Evangelización no puede ser como un barniz superficial, sino que debe hacerse en profundidad. Edificar la Iglesia de Jesucristo en Cuba es trabajo de formación muy seria que debe abarcar también a quienes integran la comunidad eclesial desde hace tiempo.

Nuestra Iglesia puede verse expuesta al riesgo de estar formada por grupos entusiastas pero transitorios, no capaces de enfrentar los grandes desafíos de la fe cristiana, como son conservar la pureza juvenil y luchar valientemente por ella, vivir una espiritualidad conyugal responsable según la ética católica y rechazar el descompromiso, la apatía o el aislamiento social como elementos negativos del testimonio cristiano.

Testigos necesita la Iglesia en Cuba, que avalen con su vida lo que enseñan y predicán. Por otra parte, no pocos de los cristianos, que van alcanzando una mayor madurez en la fe y son capaces de este testimonio, abandonan el país, y la Iglesia pierde con ellos las mejores posibilidades de irradiar el mensaje de Jesucristo, pues los comunicadores se forman según técnicas precisas, pero no se da un anuncio válido del Evangelio sino por alguien que comunica una vida, una experiencia de fe que requiere de algo más que palabras y fórmulas.

La transitoriedad de la pertenencia a la Iglesia viene además, del paso por nuestras comunidades de algunos que se integran a la vida eclesial como parte del itinerario que los conduce a irse de Cuba. El futuro de la Iglesia queda así comprometido por estas tristes incidencias porque, como dice el Evangelio, «no se puede edificar sobre arena».

Como ven, estos puntos dolorosos de la vida de la Iglesia en Cuba no se refieren a los límites que podamos tener en nuestra acción pastoral por las condiciones materiales, sociales o políticas de nuestro país, sino que son insuficiencias internas que disminuyen lo que yo me atrevería a llamar la coherencia evangelizadora de la

Iglesia y su consistencia como comunidad de fe y amor capaz de dar razón de su fe y de su esperanza ante el mundo.

De ahí que les haya propuesto, a pastores y fieles, una reflexión muy seria, para que guiados por el Espíritu Santo seamos conscientes de los condicionamientos y posibilidades de nuestra acción apostólica después de la visita del Papa, a fin de estructurar una Pastoral de superación de estos obstáculos, según la rica doctrina que el Santo Padre nos dejó en sus homilias y discursos durante su estancia en Cuba y siguiendo siempre las inspiraciones del Espíritu Santo que, fiel a la promesa de Jesús, no nos dejará huérfanos en nuestras búsquedas ni en nuestros buenos propósitos.

En la Misa Crismal se despliega la acción del Espíritu Divino de manera ostensible. Como en toda Eucaristía, las manos extendidas del Obispo y los sacerdotes sobre las ofrendas de Pan y Vino indican que todo en la Iglesia es obra del Espíritu que procede del Padre y del Hijo. Pero también en la bendición del Crisma sopla el obispo sobre el aceite perfumado y extienden los sacerdotes sus manos durante la oración consecratoria. Estos gestos nos muestran que las acciones más sagradas de la Iglesia son fruto del Espíritu Santo y que a través de los Sacramentos se recibe la fuerza renovadora del Espíritu de Dios.

Con esa fortaleza, todo es posible. A la luz del Espíritu se doma lo rebelde, se hace fértil lo árido, se hace claro lo turbio, se puede también aceptar lo incomprensible y hallar en el amor a Dios y a los hermanos, en el sacrificio y en el olvido de sí, una razón superior para vivir y para servir.

Que el Espíritu Santo nos transforme a todos: sacerdotes y fieles, para que estemos a la altura de esta hora de gracia de la Iglesia en Cuba.

A la Virgen, cubierta con la sombra del Espíritu y por esto disponible a dar un sí incondicionado al Señor, encomiendo esta Iglesia diocesana después de la visita de nuestro Padre y Pastor el Papa Juan Pablo II. Que Ella vele por nosotros.

Amén.